

VERSOS DE LA COTIDIANIDAD Y TEATRO POÉTICO

Elisa Constanza Zamora Pérez

Doctora en Filología Hispánica y Licenciada en Filología Italiana

Su escritura se despliega en diferentes géneros: para el teatro ha escrito y dirigido obras como *Platero y ella*; *Voces desde el telar y un perchero*; *Quijotescas (Ensoñación barroca o la locura de un cuerdo)*; *Trilogía coeducativa para teatro negro: Blancanieves se queda en el bosque, La pirata Marimar y la historia soñada; Medea o el herido fruto de la granada (Obra para flamenco)*; *Por los pelos (Épica de oficios femeninos)*, (inédita). Sus dos ensayos son *Juglares del siglo XX* y *Mujeres en tinta violeta (De Naturaleza, Educación y Feminismo)*. Dirige el grupo de teatro “La Birlocha” desde 2006.

Algunos poemarios son *Corazón en fuga*, *Caballito de Mar, beso o espuma* y *Del lenguaje de las caracolas*.

En 2006 recibió el Premio Pilar Paz Pasamar y el Premio a la Igualdad de la Ciudad de Jerez, por la trayectoria del “Feminario” del IES Santa Isabel de Hungría (dramatización de biografías de Mujeres en la Historia de la Ciencia y la Cultura). En 2021 se le otorgó el Premio Meridiana (Iniciativas que promueven la Educación y el Desarrollo de Valores para la Igualdad).

Del poemario *Corazón en fuga*

Me ha salido un poeta en la cabeza
y no me deja hacer nada.

Lo aparto y se columpia en mis pestañas,
lo tiendo para ver si se orea un poco,
pero nada de nada.

La niebla de sus ojos me distrae,
y me pierdo casi siempre en su mirada.

Su boca de sima me da vértigo
 y solo veo en el paisaje su sonrisa bruna
 que me atrapa.
 Él, ajeno a este quebradero de cabeza y poeta,
 desconoce este grito callado de besos en bandada.
 Encallada, cual cetáceo triste, ante él balbuceo,
 se me caen los papeles de las manos,
 me subo al autobús equivocado,
 me pierdo en los renglones de mi vida
 y no encuentro mi casa,
 le pido al frigorífico la percha de mi falda,
 y le coso el dobladillo a la encimera.
 Él, ajeno a este barullo o quizás temeroso,
 me aparta la mirada.
 No puede resistir este asalto fallido de caricias remotas
 que no osan asirlo, y tímidas naufragan.

Me ha salido un poeta en la cabeza
 y no me deja hacer nada.

Del poemario *Caballito de mar, beso o espuma*

“De gaviotas y barcos”

He deshojado duelos, mentiras y cansancio
 y he salido adelante como una torrentera
 por la tierra voraz con mis manos fecundas.

Yo que nunca he querido una alegría mustia,
 te anhelaba buscando teorías sin palabras
 para poder llevar, dignamente, el dolor de tu ausencia.
 Inventaba refugios, construía asideros de amor
 y sin raíces, vagaba por los campos de árboles
 flotantes con sus frutos maduros
 que quedaban perdidos en la niebla del tiempo.

Hija, eras una selva de ausencias vespertinas,
en la luz de occidente, de este occidente blanco
de gaviotas y barcos.
Eras la inmensidad anhelada en mi vientre
lleno de mariposas y de fondos marinos.
Yo te soñé despacio y hasta lo más fecundo,
floreció mi regazo de magnolia lunar
y al sentirte tan viva, reía con la vida
y compartía esta dicha de bordes infinitos.

Y ahora, cuando miro tu carita de nardo,
se me ríen los huesos de madre complacida,
porque mujer ya era.

“La cuna vacía”

Un día como otro y sin darle importancia dijo:
Mami, quiero dormir en mi cama.
Aproveché el momento, lo estaba deseando
o eso creía yo.
Le perfumé su alcoba, puse petunias
de todos los colores en el alféizar de su ventana;
le lavé los visillos, le preparé otro nido...
Puse sobre su cama unas sábanas blancas
bordadas por su abuela.
Y le expliqué que su sueño y las hadas
se alegrarían mucho de que durmiese sola.

Cuando llegué a mi cuarto, ví su cuna vacía
y supe que ya empezaba a ser ella.
Esa noche los colores huyeron en bandada
y yo la pasé en blanco.

Trilogía coeducativa para teatro negro: Blancanieves se queda en el bosque, La pirata Marimar y La Historia soñada

(fragmentos)

LUZ NEGRA: BLANCANIEVES *se despierta con un beso de amor. Y el PRÍNCIPE lo celebra con los enanitos. Entre tanta alegría surge un corazón verde, el corazón del bosque, que se posa sobre sus cabezas. La escena se paraliza y queda fijada como en una foto.*

ESCENA TERCERA

“De la importancia de la educación y la amistad”

(Baja la música y el PRÍNCIPE comienza a despedirse de los enanitos, pero BLANCANIEVES tiene un aire despistado y no parece sospechar que debe marcharse).

PRÍNCIPE. Bueno, Blancanieves, me ha encantado conocer a tus amigos, pero se hace tarde, tenemos que irnos ya.

(MUDITO, *de repente, toca su campana y con gestos le insinúa a BLANCANIEVES que no se puede ir sin despedirse del resto de habitantes del bosque*)

BLANCANIEVES. ¡Es verdad! Tengo que despedirme de mis amigas, las brujas, las mujeres más sabias del bosque, de las hadas y de los duendes. Además, tengo que empaquetar todas mis cosas.

PRÍNCIPE. ¿Qué cosas? En mi palacio no te faltará de nada.

BLANCANIEVES. ¡Mis libros! Tengo que llevar todos mis libros.

PRÍNCIPE. ¡Qué suerte! Mira, échalos aquí. Por casualidad traigo una gran alforja.

BLANCANIEVES. *(Se ríe a carcajada limpia)* Pero, ¿tú crees que todos los libros que yo he leído en estos años en el bosque, que todo lo que yo he aprendido cabe en tu alforja?

PRÍNCIPE. Sí, es muy grande. *(Deja caer una alforja grandísima, casi de su tamaño, con cara de haber resuelto el problema)*

ENANITO GRUÑÓN. ¡Eso es imposible! Blancanieves ha leído toda nuestra biblioteca y le hemos regalado muchos libros y también tiene apuntes, notas, cuadros... Bueno, y muchos recuerdos.

BLANCANIEVES. ¡Ah! ¡Y mis recetas de cocina!

GRUÑÓN. ¡Sus horribles recetas de cocina!

ENANITOS. Eso era al principio, ¿os acordáis de la primera sopa que nos preparó?

PRÍNCIPE. Pero, bueno, ¿este es el cuento de *Blancanieves y los siete enanitos*, ese cuento en el que tu madrastra te obligaba a hacer todas las tareas de la casa propias de una mujer pobre: coser, lavar los platos, limpiar el polvo?

BLANCANIEVES. Bueno, sí..., pero a mí no me gustaban mucho, y no ponía mucha atención, porque yo prefería estudiar y jugar con los animalitos, que siempre fueron mis amigos. Si no es porque ellos me ayudan a limpiar la casa de los enanitos, yo no lo hubiera podido hacer sola, porque hay que ver lo sucio que estaba todo (*los enanitos sienten vergüenza, cuchichean y se esconden unos detrás de otros*). Las hadas y los enanitos me han regalado muchas cosas. Me enseñaron a ayudar con gusto, no como un castigo (*se pone triste*). Eso era lo que hacía mi madrastra. Con ellos aprendí a hacer mis primeros pasteles con cariño, y también aprendí a leer, a hacer cuentas, a inventar pocimas curativas, a conocer las plantas. Me dijeron que estudiar era muy pero que muy importante. Y a mí me gusta mucho.

PRÍNCIPE. (*Cada vez más desconcertado*) La verdad es que yo no entiendo nada de nada. No he leído ningún cuento en el que las princesas estudien. No sé en qué historia me estoy metiendo... Yo veo las cosas de otro modo. En mi palacio jamás tendrás que curar a nadie, ni hacer cuentas. De eso se encargan los médicos, los contables y los juristas de mi padre. Venga, vámonos, (*con tono cariñoso*) ya verás cómo te acostumbras a esta nueva vida. (*Relinchos de caballo, el príncipe mira entre las cortinas*). Ven, mi caballo se está impacientando. Estoy fuera de lugar, este no es mi cuento. Blancanieves, está atardecido y debemos partir. Yo no creo que una princesa necesite saber tanto, ni nada de nada. Vamos, así es como yo lo veo.

GRUÑÓN. ¡Eso digo yo, tendrán que irse de una vez, porque aquí habrá que cenar! ¿O qué?

[...]

La pirata Marimar

ESCENA III

MONTAÑÉS. Señor, no es por “na”, pero me he “encontrao” a estas rapaces ahí detrás, escondidas, como polizones, dentro del barril de manzanas, cuando estaba limpiando el suelo.

BARBABLANCA. Ya te dije que tanto homenaje a la literatura no era apropiado, todos los huecos en un barco son nidos de maleantes... ¡Ay! Tanta *Isla del tesoro*, tanto Stevenson..., tanto barril de manzanas, no nos trae nada bueno. ¡Ah literatrrr...! (*E intenta poner acento francés y el loro contesta*).

LORO. Rrrrrr.

MONTAÑÉS. Señor, si usted lo tiene a bien, escúcheme, le diré que a mí, me parece una idea excelente, eso de mantener contenta a la tripulación, sabiendo que hay algo que picar, aunque sean manzanas. Eso es un detalle que está muy bien, esté inspirado en la “litera-”, “literatira” esa, o lo que sea.

LORO. Literatrrrr... (*Repite y jalea*).

JUAN PLATA. ¡Polizones en mi barco! Botad de inmediato un bote y que vuelvan. No quiero polizones en mi barco y menos si son mujeres. Solo traerán complicaciones.

MANTECACOLORÁ. Señor, no se ponga usted así, que son andaluzas como usted y como yo, y a unas paisanas tan guapas no se las deja en la “estacá”.

TRIPULACIÓN. ¡Qué paisanas, si tú eres de Murcia!

BARBABLANCA. Mira, Manteca, no me saques de mis casillas, que te he dicho cien veces ya, que no mientas más. Tú, ni eres andaluz ni tienes arte ni “na” de “na”, que el capitán me contó que te pusieron ese mote, porque en todas las fiestas, cuando tocabas las palmas, siempre había una voz que te decía: “Niño, que esto son palmas...”. Y tú te ponías más rojo que una ñora murciana.

JUAN PLATA. Pero si ya se lo recuerdo yo, que es un barrigaverde, pero se ha empeñado en eso del arte andaluz. ¡Qué más da! Aunque dice que cocina requetebién. (*Mirándolo con comprensión*) Manteca, quedas contratado desde este mismo instante, pero en cocina. Bueno a lo que vamos. Ayudante, ¿el bote está preparado?

MONTAÑÉS. Sí, Señor, claro, Señor, y les he puesto unas manzanas. ¿Qué pasa? (*Mirando a BARBABLANCA que refunfuña con desacuerdo*) Son de mi pueblo y bien ricas que están. ¡Alguna vitamina tenemos que tomar!

(MANTECALOLORÁ *se interpone e intenta convencerlo, pero el capitán* JUAN PLATA *las mira, ellas están avergonzadas y con la cabeza baja, tiritando de frío y miedo*).

[...]

ESCENA IV

LUZ NEGRA Y MÚSICA: *Camarote del capitán, candelabros y una mesa servida con buenas viandas.*

[...]

VIOLETA. El juez, cabezota, no oyó súplicas y la expulsó de la ciudad, donde todos y todas la queremos y podemos ayudarla. Y ella, viéndose sola y triste, como siempre ha soñado con ser pirata, tomó esta decisión. Yo me vine también por solidaridad, porque soy como de su familia y porque quiero hacer un estudio de las plantas de la Polinesia, ya ve... (*con voz conciliadora*).

JUAN PLATA. ¡Pero esto será una carga! No sabéis hacer nada, ni entendéis de barcos.

BARBABLANCA. Señor, eso de que no saben, deberíais comprobarlo. Saben un montón las dos. Y Violeta podría sustituir a ese matasanos que se las da de doctor, pero que es un vulgar sacamuelas...

JUAN PLATA. A ver, Violeta, ¡esto va de flores! ¡Qué femenino! Si te digo “margarita”, tú, ¿qué me dices? Esto es básico, basiquísimo. (*Se dirige a la tripulación que le ríe la gracia*)

VIOLETA. Señor, mi pasión por las flores me llevaría a describir la sencilla flor como planta herbácea de la familia de las compuestas, con hojas oblongas y festoneadas, hendidas en la base y flores terminales de centro amarillo y corola blanca y... *(no la deja terminar)*

JUAN PLATA. *(Se queda admirado pero la ridiculiza)* Sí, claro y a deshojarla: “Me quiere, no me quiere”.

VIOLETA. No, señor, le diría que es el nombre de un nudo marinero que se emplea para reforzar un cabo, cuando una de sus tiras se encuentra en mal estado.

JUAN PLATA. ¡Ah bien! Bien *(intrigado)*. A ver, la de los latinajos. ¿Qué sabes de los principios básicos de la flotabilidad?

MARIMAR. Debemos remontarnos al Principio de Arquímedes: “Todo cuerpo sumergido total o parcialmente en un fluido sufre un empuje vertical *(JUAN PLATA bostezaba y toda su tripulación lo sigue, un coro de bostezos suena en la borda. MARIMAR con esa capacidad femenina de síntesis para ir al grano y adaptarse a las circunstancias hostiles, abrevia con voz segura y resume)*. Así que, para no cansarle, voy al *quid* de la cuestión. Si un buque se mantiene sobre la superficie del agua es porque el peso del volumen de agua que desaloja es suficiente para contrarrestar el peso del buque. O sea que: $p=E$.

BARBABLANCA. ¡Señores y señoras, qué lección!

MARIMAR. Capitán, sé todo lo necesario. Mi interés por las matemáticas siempre fue en relación a los fundamentos físicos de la navegación, que es lo que me interesa, *(soñadora)* ¡navegar! *(Se da una vuelta y coge a VIOLETA con cariño de la mano, las dos giran, como cuando era dos niñas risueñas)*

JUAN PLATA. Bien, señores, manos a la obra. Debemos zarpar sin dilación. Por el momento pueden quedarse, son un caso digno de estudio, *rara avis*.

[...]

Voces desde el telar y un perchero

(fragmentos)

(Voz en off) El arte siempre utiliza a las mujeres en la pintura, en la literatura, en la escultura... Su cuerpo, sus actitudes, sus vidas han sido representadas a lo largo de siglos. La historia de la cultura nos ha mostrado diferentes rostros femeninos que van de la “Eva caída” en el paraíso a la “demoníaca Lilith”; del ama de casa, «buena madre y esposa», a la revolucionaria, a la feminista, a la prostituta, a la amante... Pero casi siempre tenemos una idea de la mujer creada por el hombre. Y yo me pregunto cómo son las mujeres realmente, qué nos hubieran dicho muchas de ellas si hubieran tenido voz propia. Con este espectáculo, he querido darles voz a las mujeres, para que puedan expresar, no lo que otros dijeron que ellas decían, porque así interesó a la razón patriarcal, sino lo que probablemente hubieran dicho, si la historia les hubiera dado una oportunidad en igualdad con los hombres.

(En el escenario, una silla y un perchero color violeta de donde la actriz tomará la ropa para sus caracterizaciones)

“VOZ PRIMERA: PENÉLOPE”

PENÉLOPE. *(Sentada al borde del escenario, que ahora es un río cristalino, huele una flor y se la coloca en el pelo)* ¡Ah, ah... qué gusto! ¡Siempre me ha encantado sentir el agua fresquita! Por eso meto los pies en todos los riachuelos que encuentro. El agua me da la vida. También dejo que el rocío del amanecer penetre en mi piel, que se mantiene fresca de dicha. *(Se dirige al público y se levanta)*

Perdonen, no les había visto. Ya veo que ustedes están ahí, pero, por lo que he oído, les han engañado. Palabras..., leyendas..., mentiras... *(Gira sobre sí)*. Sí, sí, soy yo, Penélope, pero no es verdad lo que les contaron sobre mi vida. No soy la esposa fiel.

Nunca he comprendido todo lo que los viejos poetas escribieron sobre mí. Mas deben saber que simplemente mintieron.

Un día como otro, hui por la ventana. Nunca miré hacia atrás, tan solo le entregué a mi ama más fiel una pequeña carta para mi hijo Telémaco que, pasados los años él jamás refirió.

¿Saben cómo es la espera de una esposa que día tras día va tejiendo el sudario de su propia existencia? ¿Alguien se imaginó la angustia y la opresión entre cuatro paredes? Sí, sí... Yo no esperé a Ulises durante veinte años. Fue muy simple.

Un día de primavera salté por la ventana con paso decidido y no miré hacia atrás.

Sentí el musgo fresco sobre mi sombra trémula y tracé, con premura, una elipse entre el sol y mi pecho, comprendiendo la magnitud de mi acto.

En las noches de luna las estrellas fugaces jugaban en mi pelo y, cuando estuve lejos, conocí las ventajas de andar con paso propio. Jamás me arrepentí. Ni tan siquiera Hera se atrevió a importunarme.

Disfruté con los pies metidos en los charcos y curé mi miopía mirando al horizonte. Y sé, por buenas fuentes, aunque no patriarcales, que serán sin duda las que ustedes conocen, que mi telar, único amigo fiel, sonó incansablemente noche y día, recordando a su dueña, tejiendo y destejiendo sus secretos deseos, para que nadie pudiera darme caza.

Yo anduve por caminos, atravesé los valles; y mis pies caminaban al ritmo acompasado del telar que el viento me traía.

La intemperie del mundo me ha servido de alcoba y he dejado mi aliento en las flores, en las olas, en las hojas caídas o entre la escarcha, lejos de las techumbres que enjaularon mi ánimo.

Por eso, esta voz que les habla les sonará muy nueva, porque, vanidosos los pretendientes al descubrir mi huida, trazaron una firme venganza: crearían la leyenda de la es-

posa más fiel (aunque solamente una vez así se me llama en *La Odisea*), amarrada a un telar a la espera de Ulises durante muchos años.

Pero yo fui una mujer cuerda. La cordura me valdría para tejer mi propia felicidad. No como ellos quisieran: “Penélope paciente”, “Penélope, la fiel...”.

Sabed que no es verdad. No es la verdad. Es tan solo un buen plan, firmemente trazado por hombres que jamás aceptaron que una vez yo fui libre para cambiar el curso de mi propia existencia. (*Grita*) Libre, libre... (*Vuelve la espalda al público, va hacia el perchero*)

VOZ SEGUNDA: HIPATIA

(*Hipatia eleva las manos al cielo y se llena el espacio con un sonido atronador*)

HIPATIA. Quizás no me reconozcan. Se ha emborronado tanto mi historia que me es difícil, incluso a mí, decirles quién soy. Soy Hipatia. Pero me pondré mi *tribón* (*se coloca el manto*). ¿No conocen esta hermosa palabra griega? Es la capa de filósofo con la que mis conciudadanos me ven, orgullosa, caminar por las calles y plazas de la gran Alejandría al dirigirme a mi academia.

Nunca ambicioné la devoción y admiración que desperté entre mis alumnos: Sinesio, Olimpio, Herculano... (*se tapa los ojos con las manos, respira profundamente, ahogando la emoción*)

Sus mentes privilegiadas han llegado a comprender bajo mis enseñanzas los elevados principios de Euclides; y supieron que las matemáticas y la astronomía son simples escalones que llevan a la filosofía del ser.

No enseñé solamente en mi academia, sino a todo aquel que me quiere escuchar a mi paso por las calles.

Nunca imaginé la envidia iracunda de Cirilo... Creo en el poder de la razón y de la ética y bajo ellas he estado a salvo sin ocultar mi independencia intelectual. Ahora sé que la tolerancia, que yo misma he enseñado, no va a dar sus frutos en mi propia historia. Pues mis enseñanzas y mi ser han chocado frontalmente con los dogmas de Cirilo y con la sed de venganza de los parabolanos. Y estoy tan cansada que apenas puedo hablar.

Probablemente esta sea mi última noche en libertad. Sé que los sicarios de Cirilo me esperan y temo adivinar un final triste, pero ahora necesito estar sola. Disculpen... (*Se vuelve de espaldas. Cuando se gira ya está coronada de estrellas y flota en la calma soledad del universo*)

Dejadme con mi noche coronada de estrellas. Sólo su negro manto abriga el corazón de esta mujer que llamáis imperfecta. Vosotros no entendéis del amor que me anega las venas y me lleva en volandas a descubrir estrellas.

Aún recuerdo de niña a mi padre y maestro explicándome el mundo dibujado en el cielo. Y ya nunca he podido separar su brillante armonía de mi pecho, lugar en donde anidan hoy todas las constelaciones.

Y así, mi carne ajada revive con la ciencia y busca sin descanso la cifra exacta, el trazo de una elipse.

¡Que se apague ya el sol! ¡Solo quiero tu reino, oh, Luna! Tu luz nos abre el mapa de todo el universo y nos pone de frente a la esencia infinita. Solo mirando al cielo, me siento mujer viva.

No penséis más en mí; no he elegido los besos, regalos de Afrodita, ni me ha llamado Hera con sus riñas y enojos. Quiero una prole inmensa de estrellas y planetas...

A Hestia pido que mantenga este fuego en mi hogar cada día.

Dejadme aquí, olvidada entre mapas, tablillas y punzones; o entre los pergaminos del Egipto remoto. Con su tacto un reguero de luz ilumina mi cuerpo y hace surgir la idea de mi vientre fecundo, que se torna magnolia de lunarios impulsos para medir el tiempo y rastrear los surcos en el cielo constante.

Dejadme, que ya es tarde, quiero mirar mi cielo...

(Vuelve a sonar el trueno con más ímpetu e Hipatia desaparece tras el perchero)

Platero y ella

(fragmento)

[...]

ZENOBIA. ¡Escucha, tengo aquí estas telas que traje de la tienda! Taparemos las estanterías de libros con ellas y tu sillón y el biombo... *(Juega como una niña saltarina con una sábana que acaba de desdoblar)*. Ven conmigo, son como nubes blancas sobre un cielo azul... ¿Recuerdas? Como cuando volvíamos de Nueva York. *(Atenta, como si JUAN RAMÓN le hablara)*. Aprenderás inglés. ¡No! No te sentirás perdido en el mar de las palabras de una lengua extranjera. No es para ti extranjera, es la lengua de mi madre, yo te ayudaré y te presentaré a muchos amigos y amigas. Empezaremos de nuevo, qué más da “sky” o “cielo”.

(Recita pausadamente los versos de “Sky” y lo hace como si el cansancio del viaje que les espera la sobrecogiera de golpe, deja caer la sábana como una cascada de desconsuelo)

Comprendo tu frustración al ver cómo la guerra acaba con todos los proyectos del Gobierno. *(Cogiendo un periódico)*. ¡Qué alegría leer en el periódico *(lo golpea con una mano cariñosamente)* que el gobierno de la República se propone crear suficientes escuelas para que todos los españoles puedan recibir, por lo menos, la enseñanza primaria!

Y todo esto se va a realizar en el plazo de cinco años. (*Tira el periódico por los aires*) ¡Fuera el analfabetismo! ¿No lo entiendes, Juan Ramón? Este es el lema de la nueva España (*Va hacia el sillón y da una palmadita en la parte superior del respaldo con energía*).

Ya sé que nosotros soñamos con una España mejor, sin guerra, y también sé que esta guerra fratricida destruirá el alma de nuestro pueblo. Pero desde afuera podemos también luchar, le contaremos al mundo que un pueblo soberano está siendo ultrajado. Escribiré en los periódicos. Las democracias de otros países nos ayudarán. Juan Ramón, tú tienes una gran responsabilidad como intelectual, debes luchar con el arma que mejor conoces: la palabra. ¡No somos cobardes! También hemos puesto nuestro grano de arena al ayudar a los niños y niñas que nos ha confiado la Junta para la Protección de Menores. Han sido como doce criaturas nuestras. ¡Gracias a nuestra ayuda han huido de la sinrazón de la guerra! La casa que le hemos alquilado en la calle Velázquez 96 es un remanso de paz entre tanta barbarie. Tiene un jardín en frente, podrán jugar durante horas. (*Gira sobre sí, ilusionada*). En cuanto salgamos, me pondré manos a la obra para buscar ayuda y recursos (*Va metiendo cosas en la maleta y empieza a cubrir con las sábanas los muebles con urgencia*). Y, además, pienso abrir una suscripción pública en el diario *La Prensa de Nueva York*, para recaudar fondos para este fin. ¡Mi hermano me apoyará! (*Resuelta*). No olvides que es el director (*Termina de cubrir los muebles. Mira a su alrededor y se entristece. Cae rendida con la última sábana. Ve algo en el suelo, gateando se acerca y cogiendo el objeto se levanta contentísima, de nuevo con la energía vital que la caracteriza*). ¡He encontrado mi broche, mi mariposa! Debí de perderlo anoche cuando llegamos, menos mal que no fue en la calle. Le tengo un gran cariño. Me lo regaló mi cuñada Ethel, cuando vivíamos en Flushing Meadows en los EEUU.

Mirándome muy seriamente a la cara, una vez que le había ganado varios partidos de tenis, descansábamos tomando un refrigerio y me dijo...

(*Extiende la mano para recibir a su cuñada y esta se persona en escena con gráciles movimientos, vistiendo traje blanco y blandiendo su raqueta*)

ETHEL. (*Con acento inglés*) ¡Eres increíble! ¡Tienes tanto temple! ¡Eres tan cautelosa, pero a la vez pones tanta pasión sobre la pista! Te mueves en ella como en la vida misma. Observas los acontecimientos y, vengan bien o mal, tu reacción es siempre poderosa, alegre. ¡Jolín, siempre me ganas! (*Con voz de niña enfadada que se torna alegre, al mostrarle un broche*). Toma. Te lo mereces. Acéptalo como un pequeño trofeo. Algún día las mujeres también podremos participar en los Juegos Olímpicos.

ZENOBIA. (*Con voz risueña, movida por el recuerdo*). Y sin mediar palabra lo abrió y lo prendió en mi solapa. Y cuando veo el broche, siempre recuerdo a mi cuñada y también el texto de Platero, "Mariposas blancas". En estos tiempos, como en tu texto, los mercaderes de la avaricia vuelven a tomar el templo.

No importa que ahora todo sea oscuridad, al final ha de triunfar la razón; las mentes ofuscadas de quienes tienen miedo a la justicia social, al cambio, están cegadas por la codicia y silencian mucha información. Pero el pueblo debe saber. Y tú y yo podemos enseñar. Tú siempre has tenido fe en la pedagogía. Haremos de la palabra nuestro baluarte, esto no es nada nuevo, siempre lo hemos hecho. Además, ¿cuántas veces has dicho que soy tu luz? ¡Yo tengo luz y alegría para orear todas nuestras tristezas! (*Danza pausadamente mostrando su felicidad y alegría, incluso en horas desventuradas. Coge el libro y busca el texto, pero sigue ensimismada parafraseándolo, como queriendo inculcar su entusiasmo en Juan Ramón*).

Aquel “hombre oscuro” miró en tu serón para cobrarte el impuesto municipal, pero no vio nada, no percibió la belleza de las mariposas que escondías en él. Esta me parece una bella metáfora de nuestra vida. Somos unos privilegiados, sabemos ver lo que hay más allá de las cosas; por eso, enseñemos a la gente a mirar, a analizar la realidad con los ojos de la justicia y la sabiduría. La incultura es un triste mal que corroe los cimientos de esta patria. Pero son tantos hombres y mujeres los que no han tenido la oportunidad de aprender... Hemos de trabajar por ellos, desde fuera si es necesario, aquí corremos peligro (*Vuelve sobre las páginas de Platero y yo y con suavidad lee*).

“LA noche cae, brumosa ya y morada. Vagas claridades malvas y verdes perduran tras la torre de la iglesia...

¿Va argo?

Vea, usted... Mariposas blancas...

El hombre quiere clavar el pincho de hierro en el seroncillo, y no lo evito. Abro la alforja y él no ve nada. Y el alimento ideal pasa, libre y cándido, sin pagar su tributo a los Consumos...” (II).

(*Termina de cerrar las maletas, ahora son cuatro. Pesadamente arrastra un baúl y con energía asegura los cierres, coge una maleta, apaga la lamparilla y baja las escaleras del patio de butacas, se va. El escenario queda a oscuras, pero merced a la linterna mágica, se llena de decenas de mariposas blancas, que nos regalan su aleteo de pétalos en volandas. Y suena el poema de Juan Ramón “El desvelado”, Canción, 1935.*

Finalmente se hace de noche en escena. Una noche larga que durará cuarenta años.

Quijotescas (Ensoñación barroca o la locura de un cuerdo)

(fragmento)

[...]

CERVANTES.— ¡Qué añoranza me ha traído hablar con estas ilustres señoras! Siempre me agradaron las mujeres inteligentes, con ideas claras. El coraje de mi madre y mis

hermanas inspiró algunos de mis personajes. Como se ha dicho, creé en mi *Quijote* un elenco de mujeres variopinto: mujeres humildes, venteras, labriegas... (*Su voz se va emocionando, parece rejuvenecer*) y otras de alta alcurnia, como la condesa de Aragón. Pero, como la crítica ha destacado, mi gran mérito fue crear una mujer inexistente, la sin par Dulcinea del Toboso.

(*CERVANTES tiende la mano hacia el vacío y se encuentra con la de DULCINEA que llena la escena con su belleza, hasta ahora, nunca vista. Y hablando con parsimonia se dirige a CERVANTES con agradecida voz. CERVANTES, educado, le besa la mano haciendo una sutil reverencia*)

DULCINEA.— Gracias, querido autor. Yo, Dulcinea, vengo también a visitaros y a agradeceros que me reviváis en vuestra ingeniosa imaginación. Quizás sea yo, de todos los personajes, el más etéreo y os doy las gracias por concederme este honor, por crearme como la flor y nata, la quintaesencia de todas las amadas que pululan en los libros de caballería...

(*Aparece en escena ALDONZA LORENZO hablando con mucho desparpajo y con gestos muy llamativos. Remueve con brío unas gachas en un perol*)

ALDONZA LORENZO.— Eso mismito digo yo, porque, a ver, ¿en qué quedamos? ¿Dulcinea es Dulcinea? (*Hace un gesto muy femenino*) ¿O Dulcinea es Aldonza Lorenzo? O sea, yo. ¿O Aldonza es Dulcinea del Toboso? (*Sus gestos dan buena cuenta de su confusión*) Vamos, que en mi pueblo, jamás se oyó hablar de damiselas tan frágiles y que se dejan ver tan poco. Alguna que otra vez, las grandes señoras van a la iglesia, caminan en procesión y disfrutan con algún festejo; eso sí, se mezclan con el pueblo llano, muy llano, llanísimo (*pone voz aflautada*) porque estamos en La Mancha. Y yo no entiendo de labrar ensartando perlas con hilo de oro en telas de seda y brocado, sino que el labrar que yo conozco es el que se lleva a cabo en tierras de siembra, bien trabajadas con la reja del arado.

DULCINEA.— ¿Pero, señora, quién sois? ¿Por qué interrumpís mi plática con mi autor, que en el mundo literario es como decir “padre”, al cual venero por las delicadezas que ha puesto en mi persona?

ALDONZA LORENZO.— ¿Persona? (*Con voz enfadada*) ¡Personaje! ¡A ver si nos aclaramos! ¡Vaya con la señoritinga! Conque no sabéis ni quién soy... La nobleza siempre tan estirada, tan... tan arriba que mirar hacia abajo le da vértigo. Pues sabed (*en el centro de la escena con los brazos en jarras y limpiándose las manos en su gran mandil*) que en realidad yo soy vos y vos sois mí, perdón, digo yo. Sí, sí, no pongáis esa cara. ¡Ah! ¿Os da risa porque me creéis una loca? Mire, señor don Cervantes...

CERVANTES.— (*Apuntándole por lo bajo*) Don Miguel, mi nombre es Miguel...

DULCINEA.— Pero ¡si no sabéis ni expresaros! Señor don Miguel de Cervantes y Saavedra (*arquea las cejas y marca cada una de las sílabas para dejar constancia de su superioridad*) ¿De dónde habéis sacado este engendro de la naturaleza, con tan fieros modales y que, además, dice tener algo que ver conmigo?

ALDONZA LORENZO.— Señora, yo estoy menos errada de lo que voacé cree. Y lo que digo, lo digo, sin tantos miramientos como vos. Porque, aunque como mujer humilde no he recibido instrucción, desde que ando puesta en los libros, por obra y gracia de la pluma de nuestro ilustre autor, estoy muy al tanto de lo que a nuestras escritas personas (*hace un gesto con el cucharón como si de una pluma se tratara*) les sucede. (*Aparte*) ¡Toma! ¡A ver si me expreso o me “desexpreso”! (*Hace una reverencia muy histriónica*) Pues como le digo, estoy al tanto de las idas y venidas, que sobre mí se narran en ese mar de letras que es su libro (*mira a CERVANTES con respeto*), porque ¡anda que no es gordo! Que creo yo que leerlo todo llevará una larga vida. Y ahí se puede leer (*reconociendo su falta y poniéndose la mano en el pecho, como si de acto de contrición se tratara*) aunque yo no lo he leído, pero me he buscado quien lo haga, y me han contado que Alonso Quijano, que ahora se llama Don Quijote de la Mancha, anda “enamoriscao” de mi persona y que ayuna y me escribe y manda a Sancho, nuestro vecino, que lo sigue como un perrillo faldero a todas partes, a hablarme. Y que incluso... (*se rasca la cabeza como queriendo recordar algo*) ¡Ah! señor don Miguel, (*mira a DULCINEA con retintín, empieza muy solemne silabeando y termina con ritmo de jota manchega, que acompaña con los gestos*) tengo que darle las gracias por las bellas palabras que me dedica, cuando dice eso de que... «dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha». Y en eso señora mía, soy mujer tan principal como cualquiera. (*Se arregla las sayas tras el baile improvisado*)

CERVANTES.— Señoras, señoras... (*calmando los ánimos*). No discutan, ambas tienen razón y forman parte de un juego literario, por cierto, más propio del Barroco que del Renacimiento, que yo adoro. En este juego, su personaje...

ALDONZA LORENZO.— (*Interrumpiendo a CERVANTES*) ¿Cuál? ¿El mío?

CERVANTES.— (*Con tono condescendiente*) El de ambas, porque ambas son una sola persona, que la mirada de don Quijote, velada por su locura, ha confundido. Aldonza es la mujer en la que don Quijote se inspira...

ALDONZA LORENZO.— (*Muy alegre*) Luego yo, mí, mi cuerpo serrano...

CERVANTES.— Sí. (*dirigiéndose a DULCINEA, que parece disgustada*) No se enfade vuestra merced, porque se había enamorado de ella en sus años de mancebo y con el recuerdo de ese amor crea a Dulcinea, poniéndole encima todos los atributos de las damas de las novelas de caballería que le habían sorbido el seso. Y ahí es donde tiene cabida vuestra merced...

DULCINEA.— Por eso se dice de mí, a lo largo del Quijote, que soy mujer “virtuosa, emperatriz de La Mancha, de sin par y sin igual belleza”...

(Suenan la música y DULCINEA mira a ALDONZA, señalándole sus cualidades y marcando con elegante lentitud el paso con mudanza grave de una pavana y CERVANTES la acompaña gustoso, pero tras desagradarla con unos pasos de baile, vuelve al hilo de la conversación)

CERVANTES.— En fin, que ambas son una sola, pero, por el uso de una técnica que en literatura han dado en llamar “perspectivismo”, todos, menos don Quijote, ven a la labradora Aldonza Lorenzo. Y cuando don Quijote piensa en ella, a quien ve es a vuestra merced y, de este modo, quien cobra protagonismo sois vos. *(Con voz reconciliadora y cogiendo las manos de ambas)* Mejor será que como desdoblamiento de un mismo personaje se lleven bien, porque ustedes son como las dos caras de una misma moneda, no se pueden separar.

(ALDONZA sigue removiendo sus gachas y DULCINEA se le acerca con los humos aplacados por el buen decir de CERVANTES y no menos por el olorillo que se desprende de las gachas)

DULCINEA.— No está en mi ánimo ser enemiga de la señora Aldonza, una vez aclarado el malentendido. Además, parece que tiene también buena mano para otros menesteres, *(con tono simpático)* pues estas gachas de harina candeal huelen que alimentan y se podría decir que hace una eternidad que no las pruebo *(acercándose al hogar donde ALDONZA remueve sus gachas con orgullo)*.

ALDONZA.— *(Con tono alegre, ese tono con el que las buenas gentes olvidan los agravios y hacen que triunfe la reconciliación)*. Pruebe, pruebe mis gachas, señora Dulcinea, que de acuerdo hemos de estar para empezar a conocernos. Las he hecho con matalahúva, una especia que me regala mi vecina morisca, la mujer de Ricote, traída de la mismísima vega del Segura. Y todo esto regado con un buen vinillo dulce que tengo a buen recaudo en mi alacena... Creo yo que tendremos los mismos gustos, ya que dicen que somos la misma persona...

[...]

Intantáneas (Álbum poético)

(obra inédita)

“Un vestido de agua”

Es un mediodía de verano. Me aburro. Hace calor y no hay amigas por los carriles. Mi madre, me deja salir a bañarme en el brazal, quizás para que la deje tranquila. Elijo el que hay junto a la casa de Los Cárcelos. Voy hacia la senda y me sumerjo, están regando y el rumor del agua empieza a inundar mi espíritu inquieto y mi cuerpo se va relajando,

la cabeza apoyada en las juncias que crecen en la pared terrosa. No puede haber en el mundo mejor almohada; cierro los ojos y me dejo envolver por el paisaje.

Ya soy rumor de insectos, agua que alivia la sed de las raíces, sol y cielo, soy ala y raíz. Me dejo acunar y ese momento se convierte, ya para siempre, en un refugio en mi imaginación. Veinte, treinta y cincuenta años después, sigue siendo uno de los lugares a los que vuelvo a sumergirme para aplacar el runrún constante de mi mente.

El agua juguetona del brazal me envuelve
con su manto,
festonea los márgenes de mi cuerpo
con ondas de suavidad líquida.
¡Oh, milagro! Es el juego molecular de la vida:

H₂O

Yo también soy agua y me dejo fluir.
Ya solo soy. Soy una con el agua
y el mundo se para y solo existe un devenir acuoso
que acaricia la vida y dibuja un silencio acunado.
No escucho nada fuera,
el pájaro, el fluir cristalino, la calidez del sol
y el azul intenso del cielo, son apenas un arrullo
dentro de mí.
Ya me habitan.
Y aún no sé que será para siempre.
Aquel día, mi madre y la vida me hicieron un regalo:
Un lugar donde cobijarme.

“Las luciérnagas”

Dicen que la memoria dulcifica los recuerdos. Sin embargo, otros por hermosos que sean arponean lo más profundo de nuestro ser, que aún se sabe agua, fuego, tierra y viento.

Es de noche, salimos de mi casa. El carril de Huerto Alix se ilumina. Una luna redonda, gigante platea los corazones y nos desvela la oscuridad en mil sombras.

Alguien me lleva de la mano. Creo que es la noche de San Juan, pero todo es silencio. Vamos hacia el “partior” de Los Cárceles y en este cruce de sendas y carril, miro hacia el fondo de la Huerta, coronada por la Cresta del Gallo, que parece un recorte de cartón oscuro en un teatrillo de juguete. Un grupo de luciérnagas aventan mi alegría de niña. Las observo extasiada.

Unos segundos apenas bastaron para hacerme sentir lo cerca que está el cosmos... Trocitos de estrellas al alcance de mi mano.

Alguien tira de mi brazo. Vamos a pasar la acequia con cuidado. Voy arrastrada con la suavidad cariñosa de la adulta que me protege, la cabeza girada porque me resisto a dejar de mirarlas. Quiero beberme ese momento.

Es la primera vez que veo tantas juntas. Las luciérnagas, ajenas a su encanto, pululan salpicando su luz en la oscuridad de la noche, bordadas sobre un manto de hilos lunares. Yo quiero quedarme allí contemplándolas. Fue tan breve el momento que sigo eternizándolo en el recuerdo.

Todavía no puedo saber que van desaparecer, envueltas como otros tantos insectos en la máscara de mortíferos ecocidas, eufemísticamente llamados fitosanitarios. Tan solo unos años antes Rachel Carson ha dado la voz de alarma con su *Primavera silenciosa*.

No conozco todavía la palabra ecología. Y tampoco puedo saber que, en 1997, en plena selva ecuatoriana volveré a verlas multiplicadas entre las lianas de ese templo sagrado, también en una noche de luna. De nuevo, la Naturaleza me recuerda que somos polvo de estrellas.

Son dos momentos mágicos, bordados en mi recuerdo.

Poco a poco las luciérnagas han ido desapareciendo de nuestros ecosistemas, silenciosamente. Quizás por eso, cuando las recuerdo, una tristeza apagada oprime mi esternón y casi me cuesta respirar.

Oscuridad y silencio,

Mis pasos se aceleran junto al andar
más rápido de mi vecina o de mi madre.

La luz de la luna derrama un tenue velo
de plata que cariñosamente nos envuelve.

Vamos a encontrarnos con la vecindad
quizás en torno a una hoguera.

Creo que es la noche de San Juan.

Años más tarde pondré banda sonora al recuerdo
en la voz de Jaume Sisa y gestos de Dagoll Dagon:

“La nit de Sant Joan,

és nit d’alegria

Estrellat de flors,

l’estiu ens arriba”.

Irremediablemente se ha unido la magia
del espectáculo teatral con el parpadeo del recuerdo

en un revuelo amoroso de luciérnagas,

en ese rincón de la Huerta murciana.

El microcosmos contiene al macrocosmos.

Nunca sabré si las vi en la noche más mágica del año.

